

Gestión cultural en Brasil: entre la planificación, la burocracia y la improvisación

Mario Helio Gomes de Lima*

El país de la retórica

La idea de gestión cultural floreció muy recientemente en Brasil: en los años 1980, período de transición democrática. El dato no es nada ocioso, pues para estudiar una política cultural conviene entender la cultura política. El primer campo a explorar para situar ambos aspectos es el de las leyes. El modo en que un brasileño se maneja con ellas puede sorprender fácilmente a un extranjero desinformado. Lo que está en el papel no es, necesariamente, observable en la realidad. El país suele tener leyes rígidas y los burócratas parecen más inflexibles que personajes de Kafka. Pero, el proceder oficial es permeable al famoso “jeitinho”,¹ a los favores personales, al *lobby*, al clientelismo, al grupito, a las patotas, al espíritu de cuerpo. Al Brasil *legal* (macanudo) no siempre le gusta ser legal (literalmente). Por paradójico que parezca, existe la obsesión por la norma.

Ese gusto por la norma queda bien ejemplificado en una declaración de Ceres Alves Prates, Secretaria de Gestión del Ministerio de Planificación, Presupuesto y Gestión en el gobierno Fernando Henrique Cardoso. Ella cuenta que, en la primera reunión para formar un Grupo de Trabajo, oyó la pregunta de cuándo saldría el decreto instituyéndolo, y, al saber que no lo habría, el funcionario reaccionó: “—¡No se trabaja sin decreto! Necesitamos un decreto, estatuto de funcionamiento del grupo...”. Y ella, que no hizo el decreto, concluyó de la experiencia: “Esa es la cultura reinante: sólo se hace lo que está tipificado por una norma. Y todo lo que no se puede hacer también está establecido por normas”.²

Junto con el placer de redactar leyes y no cumplirlas o, por lo menos, darles un rodeo,³ un brasileño se esmera en resolver los asuntos retóricamente. El inmediatez y la dificultad de llevar los proyectos a cabo son las otras puntas de disgusto por la planificación a largo plazo. La burocracia es soberana en las más diversas instancias de la vida nacional. A tal punto, que el historiador Evaldo Cabral de Mello dice que “el brasileño, como el ruso es un burócrata nato, todo se burocratiza en el país, hasta aquellas actividades que, en otros lugares están en las antípodas de la burocracia”.⁴

Hay en el país de los contrastes culturales, también, ambivalencias y contradicciones en lo que dice respecto a la propia burocracia. Convive la de tipo racional (preconizada por Marx Weber) y la patrimonialista. La falta aún de una burocracia realmente eficaz y la permisiva confusión de lo público y lo privado⁵ son, en connubio con la corrupción, los cánceres⁶ de la máquina pública.

El interés por la norma casi sin “fin” llega al extremo de que el proceso interesa más que el resultado. Aun cuando la administración pública parece ir en la dirección

* Traducción del portugués: Marcelo Pérez.

opuesta a la de la burocracia, y adopta la regla de responsabilizar, ni siempre, o casi nunca, se realiza lo prometido.

En el documento *Gestão Empreendedora*, del Gobierno Federal, se lee al respecto de la importancia de la *accountability*:

Es un concepto que se disemina entre los especialistas brasileños en gestión pública emprendedora. Antes de adoptarlo ampliamente, sin embargo, será preciso someter a la administración pública a un proceso de desreglamentación, transformar la propia cultura del funcionario y habituarlo a trabajar en un ambiente con más libertad de acción, donde predominen la capacidad de inventar, la creatividad y la capacidad de iniciativa.

Tales procesos de “desreglamentación” no son nuevos en Brasil. Durante el gobierno del general João Baptista Figueiredo fue creado, en 1979, un Ministerio de la Desburocratización, que funcionó hasta 1986. Fuera la ironía de haber una estructura burocrática para desburocratizar la burocracia, el ministerio dejó como legado el estatuto de la microempresa y el juzgado de las pequeñas causas. Pero abrir (y cerrar) una empresa en Brasil continúa siendo algo burocrático, caro y demorado, y la justicia brasileña es una de las más lentas del mundo.

Extinguido el ministerio de desburocratización (en realidad, una secretaría con estatus de ministerio), su estructura fue incorporada por el Ministerio de la Administración que continúa tan burocrático como siempre, a pesar de toda la *accountability* y otras palabras importadas del mundo desarrollado anglosajón.

El economista Luiz Carlos Bresser Pereira, que conoce de burocracia en la teoría y en la práctica,⁷ afirma que la clase dominante interviene en el Estado, y sólo deja de hacerlo cuando sus intereses están asegurados. Y pone en un extremo la fuerza del Estado y de su burocracia, y en el otro, la sociedad: “En realidad, la autonomía del Estado y de su burocracia es mayor cuanto más débil sea la sociedad como un todo, de la cual, la burguesía es apenas una de las clases, no obstante, la más importante”.⁸

Bresser Pereira propone un esquema para describir el Estado Contemporáneo, que puede ser útil al tema de la gestión cultural. El aparato del Estado estaría, según él, bajo la influencia de tres agentes: la alta tecno burocracia; las clases o élites dirigentes (empresarios, intelectuales, políticos, líderes corporativos) y, por fin, la sociedad civil (“que engloba a los dos primeros, pero es más amplia que los mismos”).

¿Qué representaría entonces la acción del Estado?

No es apenas la expresión de la voluntad de las clases dominantes, ni el resultado de la autonomía de la burocracia pública. En contrapartida, tampoco es la manifestación de intereses generales. Al contrario de eso, esa acción es el resultado contradictorio y siempre cambiante de las coaliciones de clases que se formen en la sociedad civil y de la autonomía relativa del Estado garantizada por su burocracia interna. Los burócratas pretenderán siempre ser los depositarios de la racionalidad administrativa, y como la clase trabajadora y la clase capitalista, hablarán siempre, a través de los políticos que los representan, en nombre de los intereses generales de la nación, aunque muy frecuentemente estén apenas defendiendo intereses particulares.⁹

La Cultura y las Constituciones en Brasil

Ese gusto por la burocracia y la creación de leyes¹⁰ se armoniza con el lema positivista, de Augusto Comte, adaptado y colocado en la bandera del país —“Orden y progreso”.¹¹ Y con los discursos, slogans, citas, palabras de orden. Brasil es el paraíso de las

formulaciones y verbalizaciones. El análisis del discurso en el material producido por los tres poderes revelaría tal vez más sobre la cultura brasileña que varias tesis. A comenzar por el entendimiento de lo que viene a ser cultura, su formulación, práctica, marcos legales y el contexto histórico.

Las palabras y las leyes mucho informan sobre un pueblo. Las leyes están incluidas en el complejo al que, en 1871, E. B. Taylor denominó *cultura*.

El uso de las palabras en Brasil puede desconcertar a un viajante no avisado, inclusive debido a la superabundancia de metáforas, metonimias, ambigüedades e imprecisión. Un ejemplo, en la administración pública, es la llamada Medida Provisoria. Creada en 2001, es una forma, en plena democracia, de un presidente gobernar por decreto-ley. El pretexto, la urgencia y la relevancia. Ni una cosa ni la otra suelen ser tomadas al pie de la letra.

¿De qué manera aparece mencionada la cultura en las siete constituciones de Brasil? En la primera del país, de 1824, la palabra es apenas sinónimo de agricultura. En la de 1891, (ya en la República), no hay cultura, pero sí “letras, artes y ciencias”.

En 1930, hubo un golpe de Estado. En 1934, una constitución. En lo que decía respecto a cultura, cabía al poder público “favorecer y animar el desarrollo de las ciencias, de las artes, de las letras y de la cultura en general, proteger los objetos de interés histórico y el patrimonio artístico del País, así bien como prestar asistencia al trabajador intelectual”.

En 1937, nueva constitución. El art. 134 trata de la protección de los monumentos: “Los monumentos históricos, artísticos y naturales, así como los paisajes o los locales especiales de la Nación, de los Estados y de los Municipios, Los atentados contra ellos cometidos serán equiparados a los cometidos contra el patrimonio nacional”.

En la Constitución de 1946: “Está permitido al diputado o senador, con previa licencia de su Cámara, desempeñar misión diplomática de carácter transitorio, o participar, en el extranjero, de congresos, conferencias y misiones culturales”.

La cultura, en esa nueva carta democrática, aparece de modo similar a la dictatorial. Además de ligarla a la educación, lo que era *praxis*, los legisladores entendieron que “las ciencias, las letras y las artes son libres” y que “el amparo a la cultura es deber del Estado”. Y más aún: “Las obras, monumentos y documentos de valor histórico y artístico, bien como los monumentos naturales, los paisajes y los lugares dotados de particular belleza quedan bajo la protección del Poder Público”.

En qué consiste esa “particular belleza” no está definido en la ley, pero el redactor parece haber buscado inspiración en la constitución anterior, que trata de la protección a “lugares particularmente dotados por la naturaleza”.

Duró poco —ni veinte años— la democracia. En 1964, otro golpe cívico-militar. Hay una nueva Constitución en 1967, y en ella la cultura aparece otra vez asociada a misiones de parlamentarios en el exterior. Y también como uno de los criterios de nombramiento de los jueces, que deben tener “cultura e idoneidad moral”.

Tras un largo intervalo dictatorial en 1985 es elegido presidente de la República, aunque de forma indirecta, un civil —Tancredo Neves. Pero muere antes de tomar posesión y asume la presidencia su vicepresidente, José Sarney, quien gobernó el país de 1985 a 1990.

En 1988, se promulga una nueva Constitución, apodada de Ciudadana. Es la primera, en casi cien años de República, en tratar de modo detallado la cultura: “El Estado garantizará a todos el pleno ejercicio de los derechos culturales y acceso a las fuentes de la cultura nacional, y apoyará e incentivará la valorización y la difusión de las manifestaciones culturales”.

El desdoblamiento de eso en los párrafos es abarcador, casi minucioso, sin olvidar, siquiera, el patrimonio afro-brasileño.

En una lectura atenta de esas constituciones, se nota, en cuanto a la cultura, el Estado como amparador, protector, garante. ¿Pero qué podemos decir de los gobernantes? ¿Cómo se refirió cada uno de ellos en el marco de los llamados “actos verbales”,¹² en las promesas y juramentos de asunción del cargo, por ejemplo?

Fue el presidente Campos Salles (1898-1902) el primero en hablar de cultura en un discurso de asunción, y ligándola a la economía, pero de modo vago, cuando se refiere a los “lazos culturales”.¹³

La cultura no aparece en los discursos de los dos presidentes siguientes de modo relevante. Arthur Bernardes (1922-1926), en plena irrupción del modernismo brasileño, prefiere mencionar los “veinte siglos de la cultura de la humanidad”.

El discurso de investidura en su segundo mandato de Getúlio Vargas (1934-1937), en su período dictatorial, es pragmático: “El mejor ciudadano es el que puede ser más útil a sus semejantes y no el que mayor recursos de cultura es capaz de exhibir.”

El primer presidente de la nueva etapa democrática fue el general Eurico Gaspar Dutra (1946-1951). Lo que era constante —el protagonismo de las élites— él lo coloca en el discurso oficial, clamando a las “élites culturales” para ayudarlo.

En la nueva secuencia dictatorial con los militares en el poder, la cultura no aparece en los discursos militares sino *en passant*. Sin embargo, es en el discurso del último de esos dictadores que la cultura es mencionada de modo más complejo, y donde por primera vez el asunto roza su sentido antropológico, y apunta a la diversidad étnica de Brasil. João Baptista Figueiredo dice:

Recibo con especial contento la presencia de representantes de naciones africanas de reciente independencia. Me afecta profundamente el significado histórico de tal hecho. Lo considero marco importante de una relación cuyas perspectivas son tan amplias cuanto entrelazadas nuestras raíces étnicas, lingüísticas y culturales.

Se refiere también a las identidades culturales con los países de Europa Occidental, de América y del Pacífico, e inclusive, arriesga un clamor de interés social: “Para que las regiones y los estados se diferencien unos de los otros por la personalidad y por la tradición cultural. No por el contraste entre la opulencia y la privación injusta e inhumana”.

Será durante la llamada Nueva República, en la transición democrática, que las referencias se especializarán y se dirigirán a la idea de gestión y promoción de la cultura. Entre los cinco puntos de los objetivos trazados por el presidente Sarney para su mandato (1985-1990) estaba la “Identidad Cultural”. El énfasis en la cultura tal vez no se explicase apenas por el contexto favorable de la redemocratización, sino también por la propia biografía del político, que es escritor. La cultura está presente en el discurso explícitamente asociada a la economía:

Los valores culturales deben ser preservados, los bienes culturales deben ser creados y protegidos. La cultura debe estar en la mesa del planificador, como la economía.

Sarney reafirma el carácter diverso del país, sintetizado en una unidad que entiende como siendo el núcleo de la identidad cultural.

Luchar por la identidad y por la unidad cultural del país es una tarea para nuestra generación. Para eso, es necesario comprender y respetar las formas locales y regionales —formas de hablar, formas de vivir, formas de cantar y divertirse. Sólo así preservare-

mos nuestras raíces diversas — tantas razas e tantos pueblos— y sólo así nos encontraremos con nuestra verdadera identidad: la de brasileños.

El de Sarney fue el primer gobierno brasileño que cuidó de modo sistemático la cultura. Comenzando por instituir un ministerio específico.¹⁴ Como afirma el antropólogo Gilberto Velho:

Sabemos que todas las sociedades modernas buscan medios de gestionar, mínimamente, ciertas manifestaciones dentro del vasto y complejo universo de la cultura. No es tarea simple o trivial. Entre un centralismo despótico y un *laissez-faire* apático, hay muchos matices, variaciones y siempre el riesgo de equivocarse por exceso o por falta.¹⁵

En su texto, de 1987, argumenta que el Ministerio de Cultura podría ser un término medio entre esos extremos señalados. Eso comenzó a suceder a partir del establecimiento de una política cultural, y sus mecanismos de gestión. El más permanente y efectivo de ellos, que extrapoló aquel gobierno, y se tornó una política de Estado, con alteraciones y perfeccionamientos en los años siguientes, fue la ley 7.505, de 2 de julio de 1986, entonces llamada Ley Sarney.

A pesar de la consolidación democrática, del apoyo a la cultura y de los diversos intentos de estabilizar la economía, el gobierno Sarney llegó a su fin con muy baja popularidad, derrotado por la inflación.¹⁶

Fernando Collor de Mello (1990-1992), que fue elegido para sustituirlo, estaba imbuido de tal modo del propósito de superarlo en ese ítem que, en el discurso de asunción del mandato, afirmó que el país tenía una “cultura de inflación”, “cínica”. Mencionando los cambios en el escenario internacional, habla de intercambios culturales con los países del Este Europeo.

Collor de Mello tuvo menos suerte que Sarney en el negocio de la política. Terminó alejado de la presidencia por *impeachment*. En el ítem cultural, a pesar de haber comenzado por un desmonte de órganos y la dimisión de funcionarios, en su gobierno la ley de incentivo a la cultura asumió un aspecto más profesional, después del establecimiento de un nuevo texto, a partir de la gestión del secretario Sergio Paulo Rouanet (hasta hoy la Ley es apodada “Ley Rouanet”).

El principal legado de Collor —apertura de la economía y modernización del país— tuvo desdoblamientos en el mandato del vice, Itamar Franco, que lo substituyó. Especialmente exitoso fue el Plano Real, implementado por el ministro de hacienda, Fernando Henrique Cardoso. Apoyado en ese suceso, Cardoso venció las elecciones presidenciales de 1994. En el discurso inaugural habló de cooperación con los países de África (como antes señalizara João Baptista Figueiredo), en la intención de acentuar las identidades brasileñas, “profundizando una noción de comunidad cultural e histórica”.

Destaca la diversidad homogénea de Brasil, y la globalización que, conforme argumenta, exigirá dialécticamente el refuerzo en las identidades locales. Habla de “comunicación global”, “identidad cultural” como “cimiento de las naciones” y de “productores culturales”, “información y entretenimiento”, “formación cultural”.

A pesar de ser socialdemócrata, el gobierno Fernando Henrique Cardoso, profundizó la inserción del país en la lógica neoliberal iniciada por Collor. Su gran éxito: la estabilidad económica. Aun sin reformas estructurales profundas, logró avances en la administración pública. Menos empuje tuvieron las políticas sociales, en sus dos mandatos. No consiguió elegir su sucesor. Triunfó la oposición, del Partido de los Trabajadores, con el ex operario y líder sindical Luiz Ignacio Lula da Silva, que gobernó el país de 2003 a 2006 y de 2007 a 2011.

Eligió una sucesora: Dilma Rousseff. El PT permanece en el poder desde entonces. Como también lo hiciera antes Fernando Collor de Mello, en su discurso, Lula empleó la cultura como metáfora, y se refirió a la “cultura del individualismo” y a la “cultura de la impunidad”.

Fue durante su mandato que los aspectos étnicos de cultura alcanzaron mayor relieve. Como los presidentes anteriores, destacó en el discurso la unidad brasileña, dentro de la diversidad:

Brasil es grande. A pesar de todas las crueldades y discriminaciones, especialmente contra las comunidades indígenas y negras, y de todas las desigualdades y dolores que no debemos olvidar jamás, el pueblo brasileño realizó una obra de resistencia y construcción nacional admirable. Construyó, a lo largo de un siglo, una nación plural, diversificada, hasta contradictoria, pero que se entiende de una punta a la otra del territorio. [...] Esta es una nación que habla la misma lengua, comparte los mismos valores fundamentales, se siente que es brasileña.

Las leyes de incentivo y las élites brasileñas

Algunos puntos se mantienen constantes y coincidentes en esas leyes y discursos, a partir de la segunda mitad del siglo pasado. La afirmación de la diversidad cultural de Brasil, la defensa de una identidad plural sin colisionar con la unidad, y el papel del Estado como protector. Nada extraño en un país tan patriarcal.

La gestión cultural en Brasil tiene muchas direcciones. No se resume, claro a las llamadas políticas públicas de los diversos gobiernos. En un extremo, la cultura de masas, con el dominio avasallador de la TV, que desde hace mucho exporta telenovelas, series y películas. En el otro, la cultura popular, con artesanos, poetas payadores, penitentes, plañideras, etc. Sin hablar de toda una cultura urbana y periférica.

Que la planificación en la gestión de la cultura en Brasil sea algo reciente no es de sorprender. No tanto por tratarse de un país relativamente joven, sino por el hecho de que sólo al final de la década de 1940, comenzó a salir de una etapa eminentemente rural, hasta tornarse, como en la actualidad, demasiado urbano. Se inició un proceso de industrialización que, en sus beneficios y en sus maleficios, continúa teniendo consecuencias.

Sin embargo, eso no quiere decir que ciertos rasgos negativos de la ruralidad no hayan también permanecido en la mentalidad de la élite brasileña. Es sabido que, en las sociedades pre capitalistas, la producción de la riqueza servía para mantener el régimen político, el *status quo* y el *modus vivendi* de las clases dominantes, el consumo de lujo, la construcción de monumentos públicos y la ostentación. En Brasil, tan dado a la disipación y al exhibicionismo, eso aún sucede.

Apodado en la década de los años 1940 como “el país del futuro”, Brasil parece haber perdido en aquella década algunas oportunidades entonces presentes. Como el establecimiento de políticas públicas de la cultura, aprovechando la disposición de los empresarios. Según los especialistas, la élite brasileña percibió la necesidad de inversiones, pero faltaron tales políticas en contrapartida.¹⁷

No es casualidad el hecho de que, en lo que se refiere a equipamientos e instituciones culturales, São Paulo y Río de Janeiro, para toda la República, son los centros absolutamente hegemónicos. En esos estados, cultura y economía “se enriquecieron” mutuamente ya en las primeras décadas del siglo XX.

En la actualidad, el principal instrumento de la gestión cultural en Brasil son las llamadas leyes de incentivo a la cultura. La del gobierno federal, “inspiradora” de

todas las otras, tiene casi treinta años. Hubo un perfeccionamiento constante de la actividad de los segmentos de la cultura artística y, principalmente, de profesionales denominados “productor cultural” y “captador de recursos”.

La ley de incentivo a la cultura es sustentada en su totalidad por la exención fiscal y el acceso a ella es relativamente fácil. Basta que una empresa cultural —con o sin fines lucrativos— registre su proyecto (destinado a uso público). Este es analizado por una comisión y, si es aprobado, recibe un número del Pronac —Programa Nacional de Apoyo a la Cultura. Con ese certificado, el productor cultural va en busca de los patrocinios y apoyos de Personas Jurídicas o Físicas habilitadas para ello y dispuestas a invertir en su propuesta.

Y ¿cuál es la ventaja para que una empresa patrocine o apoye un proyecto cultural, además de la exención de un porcentaje de los impuestos que debe pagar al fisco? Un especialista del sector, Fabio Cesnik, explica:

Analizando desde el punto de vista comparativo con otros países y con el avance de la historia de Brasil, la Ley de Incentivo a la Cultura, como todas las de apoyo a actividades culturales en todas las instancias de gobierno, debe ser recibida por las empresas. Estas deben, deduciendo el valor transferido de sus tributos, experimentar el apoyo a la cultura como alternativa de divulgación de producto para un público segmentado, de la asociación de su marca con el producto cultural, además de todos los beneficios de medios proporcionados por el marketing indirecto. No se diga, por eso, que la cultura se transformó en un producto, o una mercadería atada a las leyes de mercado. Su valor histórico y social es infinitamente superior a eso, mas lo que se busca es que, con medios propiciados por el mercado y el gobierno, expresiones antes inseguras, encuentre medios de presentarse al público.¹⁸

Con el grado de profesionalización que implica, obviamente, la ley de cultura no es para todos los sectores de la sociedad. Y sí de los más organizados, y con mejores medios. La cultura está segmentada y sistematizada de tal manera en el ministerio que son organizadas periódicamente conferencias de cultura y las variadas manifestaciones culturales son agrupadas en “cámaras sectoriales”.

La sociedad que está al margen, no obstante, tiene sus propios mecanismos de gestión, en la informalidad, casi siempre. Artesanos, poetas de folletos, titiriteros, improvisadores consiguen hacer de las artes y de las tradiciones sus productos. Aunque no obtengan lucro, la cultura para ellos es una forma de supervivencia.

Tanto los medios de producción de una cuanto de la otra clase terminan por remitir a las clásicas definiciones de “valor de uso” y “valor de trueque” de Marx. En el caso de la cultura popular el mercado es principalmente el turismo.

Más reciente aún que la idea sistematizada de una economía de la cultura es la llamada “economía creativa”, de inicio del siglo XXI. La cultura llega a ser vista cada vez más como un negocio e incluida entre las tantas actividades de la producción que generan dinero y empleo.

En realidad, desde la década de 1970, la relación cultura/mercado está en discusión. Un ejemplo de 1976: el artículo “Artes escénicas: el dilema económico”, de William J. Baumal e William G. Bowen. La pregunta central es esta: ¿debe o no debe recibir subsidios una actividad como la de los artistas? ¿O el mercado se encarga de todo? Está clara la respuesta brasileña cuya población depende —y parece gustar de depender— del Estado para casi todo.

A pesar de las innegables virtudes, la ley de incentivo a la cultura del gobierno federal (y sus congéneres en los estados y municipios) no es una panacea. No existe por parte

del poder público un proyecto cultural fuerte en la práctica, basta observar la situación del patrimonio nacional. Tampoco existe un mecenazgo verdadero en el campo de la iniciativa privada. Los que tratan la ley de incentivo a la cultura suelen muchas veces llamarla de ley del mecenazgo. Pero, ¿sería cierto hablar de mecenazgo cuando no se trata propiamente de una donación, y sí el aprovechamiento de la exención fiscal?

Sin embargo, ¿cómo no considerar positiva una ley que beneficia la cultura de un país hace casi tres décadas? Especialmente en el caso de Brasil, en que cosas así son tan raras. Se trata de una excepción, en un mundo de reglas, en que palabras como cambios, reformas, modernización pueden ser incluidas en el rol de “actos verbales” con algo de cinismo. Queda, no obstante, mucho por hacer para que Brasil pueda ser considerado un país democrático.

Son grandes los desafíos: la creación de público, la multiplicación de lectores, la conservación del patrimonio. Pero no es raro el descompás en la corriente de elementos que ligan educación, cultura y economía. Una lista de obras caras y no concluidas aparece con frecuencia en los periódicos. Centros culturales son erguidos a veces más como caprichos, sin el cuidado debido con los costos, manutención, uso y público. Esto no suele limitarse a las grandes ciudades ni es un fenómeno reciente.

Así lo comprueba una crónica de Graciliano Ramos publicada a comienzos del siglo pasado. El escenario y los personajes son de Alagoas, pero podrían estar en cualquier ciudad brasileña, pequeña o grande, de antes o de ahora. El mismo trata de la *petite histoire* de un gobernador electo y determinado a “realizar una obra que lo perpetuase”. Decide edificar un teatro. Al darse cuenta de que faltaba dinero para tanto en el presupuesto y de la imposibilidad de conseguirlo explotando sus amigos, enemigos o áulicos, toma los recaudos para conseguir un préstamo en Europa y allá envía un emisario que consigue los recursos. La deuda del municipio, a partir de entonces, no para de crecer. Cuenta el cronista:

El dinero obtenido produjo varios beneficios, especialmente al personaje encargado de las negociaciones. Este funcionario viajó bastante: recorrió algunos países, se instaló en Francia, se mudó para un lugar más seguro y allí acabó sus días tranquilo, gordo y europeo, tan olvidado de la lengua materna que ya ni comprendía la vasta correspondencia que lo llamaba. No hubo manera de repatriarlo, presentarlo a los correligionarios que lo añoraban.¹⁹

El desdoblamiento de la explicación irónica no abarca sólo la corrupción, sino también el de la incompetencia y de otro rasgo que es muy característico del país: la inversión de prioridades. Obras suntuosas y caras, aun en lugares pobres, y sin las mínimas condiciones de salud e higiene. Tanto antes como en la actualidad. Agrega el escritor:

El montante que llegó a Brasil alcanzó para muchas cosas, y la parte visible de ella se convirtió finalmente en el teatro anunciado largamente en la prensa. Se cavó el terreno, se levantaron las paredes, pero cuando los trabajos iban a media altura, se percibió que el local era inadecuado, se demolió todo y recommenzó la construcción algunos metros más lejos. Vencidos diversos contratiempos, el predio fue inaugurado, vistoso, con alabanzas generales, y ya en estreno adquirió fama. Una compañía italiana cantó allí el *Rigoletto*, *Aída*, *Barbeiro de Sevilha*. Alcanzó aplausos calurosos y murió casi toda de fiebre amarilla. Individuos impertinentes insultaban al gobierno, hecho que provocó extrañeza. ¿Qué es eso? ¿El gobierno tenía la culpa? [p. 53].

Ha sido una costumbre de las élites brasileñas tratar de emular el extranjero, para figurarse más refinada y aristocrática. Al lado de la obsesión por el orden (que encuen-

tra en su par estructural, el caos, el ejemplo más frecuente) está la de la modernidad (pero es el arcaísmo en las relaciones uno de los factores que explican la poca movilidad social y las pocas innovaciones y cambios en Brasil).

Industria o economía creativa son expresiones que están de moda en Brasil.

Los que no pueden acceder a las leyes de incentivo a la cultura y otras facilidades estatales resisten por sus propios medios. En su cotidiano, la planificación y la gestión tienen que ser, muchas veces, instantáneos, paradójicamente. Con sus remiendos, la subsistencia vence a la filosofía y las bonitas palabras. “Cultura es supervivencia”, conforme Alberto da Cunha Melo²⁰. La vida, como el jazz y la música erudita, no recusa la improvisación, el (de) repente. Pero la improvisación, cuando hay arte, requiere preparación y entrenamiento, un largo aprendizaje.²¹ Con la burocracia, el arte más crítico casi nunca encuentra—excepto como tema— medios tranquilos de cohabitar.

Bibliografía

- CASTRO, Cristina Rascón (2009). *La economía del arte*. México, Nostra.
- CESNIK, Fábio de Sá (2002). *Guia do Incentivo à Cultura*. São Paulo, Manole.
- GONZÁLEZ, Elda et alii (2001). *Reflexiones en torno a 500 años de Historia de Brasil*. Madrid, Catriel.
- MORAES, José Geraldo Vinci de y REGO, José Marcio (2002). *Conversas com historiadores brasileiros*. São Paulo, Editora 34.
- PEREIRA, Custódio (2001). *Captação de recursos*. São Paulo, Editora Mackenzie.
- RAMOS, Graciliano (1976). *Viventes das Alagoas*. Rio de Janeiro, Record.
- VELHO, Gilberto (2002). *Mudança, crise e violência*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.

NOTAS

1. El famoso “jeitinho” (una traducción próxima sería “arreglito”, con la misma vecindad con la ilegalidad que tiene en español en determinados contextos) brasileño tal vez no esté dissociado de una característica menos notada porque se oculta en la cordialidad: el autoritarismo. Circundando todo eso tal vez “el complejo de clan” —expresión que el sociólogo Oliveira Vianna usó para designar una de las primeras experiencias de Brasil como pueblo, la de su relación con la autoridad al mismo tiempo imperiosa y protectora: el señor dueño de tierras, que en el imaginario nacional actual es una figura antipática y mandona, pero que antes significó también cosas positivas como garante de la seguridad y de los medios de subsistencia para parientes, amigos y clientes.

2. Gestão Pública Empreendedora. Secretaria de Gestão do Ministério do Planejamento, Orçamento e Gestão. Brasília, julio de 2000.

3. Durante mucho tiempo imperó el *coronelismo* rural en Brasil (poderosos propietarios de tierra), a uno de esos *coroneles*, el pernambucano Chico Heráclio, es atribuida la frase: “la ley es como una cerca de alambre. Cuando es fuerte uno pasa por abajo, cuando es débil por encima”. El *coronelismo* ya hace mucho que perdió el vigor, pero la relación del brasileño común con la ley va cambiando muy lentamente, a medida que disminuye en el país la impunidad. Si no existieran abundantes ejemplos para explicar las razones de Brasil aún ser una democracia *work in progress*, basta saber que la gente no cree en la justicia imparcial y que sirva para todos, y dividen las leyes entre las que “pegan” y las que “no pegan”.

4. Moraes, José Geraldo Vinci de e Rego, José Marcio (2002). *Conversas com historiadores brasileiros* São Paulo, Editora 34, p. 159.

5. En la actualidad se mantienen tales características, que en realidad están en las raíces de la vida nacional. El sociólogo Oliveira Vianna ya se refiere a eso en obras publicadas en el comienzo del siglo XX: *Populações meridionais do Brasil e Instituições políticas brasileiras*. El modo particularmente cínico en que la clase política brasileña ejerce la reciprocidad aparece en varios momentos de la historia.

Al acaso pueden ser citados dos ejemplos: el más reciente, el *mensalão*, durante o mandato del presidente Luiz Ignácio Lula da Silva, y otro de 1983, durante las negociaciones y votaciones en el Congreso, resumidas en una paráfrasis del diputado Roberto Cardoso Alves: “Es dando que se recibe”.

6. “Dicen que la corrupción ha invadido todas las reparticiones y escalones del gobierno, desde el Emperador hasta el último asistente.” Cf. Pascual, A. D. de. (1861) *Ensaio crítico sobre a viagem ao Brasil em 1852* de Carlos B. Mansfield, tomo primero. Rio de Janeiro, Tipografia Universal de Laemmert, p. 90.

7. Fue ministro de Hacienda (1987), de Administración (1995-1999) y de Ciencia y Tecnología (1999).

8. Bresser-Pereira, Luiz Carlos (1995). *Lua Nova - Revista de Cultura e Política*, n. 36. Número monográfico Democracia. P. 101.

9. Ídem, p. 101.

10. Las leyes no son apenas numerosas en Brasil, están mal hechas, por eso es frecuente que tantas de las aprobadas sean, al final, consideradas inconstitucionales o versen sobre asunto irrelevante. Una nota del diario carioca *O Globo*, en 18/06/2011 (“Brasil hace 18 leyes por día, y la mayoría se tira a la basura”) informa que Brasil, de 2000 a 2010 produjo 75.571 leyes.

11. Lema que se origina en el siglo XIX y continúa siendo un dilema en el siglo XXI. Inspirado en la frase “*Lamour pour princepe, et l'ordre pour base; le progrès pour but*”, de Auguste Comte.

12. Los estudios de tales actos que comienzan con John Austin, se desdoblaron en John Searle y otros autores.

13. Bonfim, João Bosco Bezerra (2004). *Palavra de Presidente Os discursos presidenciais de posse, de Deodoro a Lula*. LGE Editora, p. 54. Los otros trechos de discursos aquí citados fueron extraídos de ese libro.

14. El Ministerio de Cultura, creado el 15 de marzo de 1985, por el decreto n.º 91.144.

15. Velho, Gilberto. *Mudança, crise e violência – política e cultura no Brasil contemporâneo* (2002). Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, pp. 159-160.

16. Un factor positivo, sin embargo, es apuntado por los especialistas: el crecimiento del PIB, en media de 4,4 % y las menores tasas de desempleo en dos décadas. Cf.: Klein, Herbert S. y Luna, Francisco Vidal (2000). “Mudanças econômicas e sociais no Brasil, 1980-2000”. In: González, Elda e Sevilla, Alfredo Moreno (editores) (2001). *Reflexiones en torno a 500 años de Historia de Brasil*. Madrid, Catriel, p. 245.

17. En Estados Unidos la política gubernamental de incentivo a la cultura comenzó en 1917 con la *tax reduction*. Gracias a esas y otras iniciativas a la cultura estadounidense luego se tornó uno de sus principales productos de exportación. Cf. Cesnik, Fábio de Sá (2002) *Guia do Incentivo à Cultura*. São Paulo, Manole.

18. Cesnik, Fábio de Sá (2002). *Guia do Incentivo à Cultura*. São Paulo, Manole.

19. Ramos, Graciliano (1976). *Viventes das Alagoas*. Rio de Janeiro, Record, pp. 52-53.

20. “*Cultura é sobrevivência*” fue un documento redactado por el sociólogo y poeta Alberto Cunha Melo para nortear su trabajo de planificación como director de *Assuntos Culturais da Fundação do Patrimônio Histórico de Pernambuco* en 1987. Puede ser considerado un precursor de lo que hoy mucho se señala en Brasil como planificación volcada para las economías de la cultura, las industrias creativas.

21. Una expresión jocosa muy repetida en Brasil y bien característica de la cultura popular es “memorizar la improvisación”. Pero la improvisación es un tópico universal. Esto queda demostrado por la frase semejante del escritor estadounidense Mark Twain: “Normalmente me lleva unas tres semanas preparar un buen discurso improvisado”.